

Cosas del Quijote

“Válame Dios y con cuánta pena debes estar esperando ahora, lector ilustre o quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo Don Quijote; digo de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona”. Así comienza la segunda parte de las aventuras del ingenioso hidalgo, refiriéndose a quien “no osa parecer a campo abierto y a cielo claro, encubriendo el nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad”.

No importa recordar el Quijote apócrifo, escrito por un Alonso Fernández de Avellaneda y aparecido cuando Cervantes—según parece desprenderse—tenía trazado el plan de aquella segunda parte y aun pergeñados algunos de sus capítulos. Ni es necesario retraer el sin número de conjeturas que se han ideado desde que Gregorio Mayans, en “Vida de Cervantes”, empezó a devanarse los sesos para identificar al émulo del escritor alcaláino. En realidad, no ha habido crítico de alguna categoría que no haya echado su cuarto a espadas a propósito del tema, cada vez con acopio de nuevos datos, redobladas investigaciones y, aún, con imaginación más fecunda.

Últimamente, en conferencia pronunciada en el Ateneo Barcelonés, Francisco Vindel parecía haber sentenciado la causa por “las treinta casualidades que hacen sea Antonio de Ledesma el autor del falso Quijote”. Demostró que el libro había sido editado en Barcelona, en los obradores de Sebastián Cormellas, y no en Tarragona como se dice en su portada, creyendo advertir que la obra de Cervantes no era más que una acerada ironía del tal Ledesma, comenzando por lo de “ingenioso hidalgo”. Pero, poco después, era Joaquín Espín quien, fundándose en minucioso cotejo de aquel libro con el “Buscón”—especialmente—de Quevedo, desmentía a Vindel, al estimar que sólo el insigne santiaguista podía haber escrito el Quijote apócrifo. Y daba por cierto que Cervantes andó muy comedido en el prólogo de la segunda parte de la obra y que se guardó muy bien de revelar el verdadero nombre de Fernández de Avellaneda, por temor a la pluma de Quevedo, cuya feroz mordacidad es de sobras conocida. Y aún con fechas anteriores y posteriores, Antonio Valbuena y otros se fijaban en el considerable número de veces que, en el falso Quijote, se retrae a los frailes dominicanos, siempre con gran afecto, y al Rosario o a la Virgen del Rosario, para sospechar que en la orden de los frailes predicadores podía hallarse el nombre del escritor que aún permanece en el incógnito.

Así las cosas, una nueva opinión danza, ahora, en la palestra literaria. Según ella, el misterioso personaje no fue—como alguien supuso—el mismo Cervantes, ni Francisco López de Ubeda (seudónimo del autor de “La Pícaro Justina”), ni Juan Blanco de Paz (compañero de Cervantes en su cautiverio de Argel), ni Mira de Amescua, ni Guillén de Castro, ni Bartolomé Leonardo de Argensola, ni Lope de Vega, ni Fray Luis de Aliaga, etc. etc., ni Antonio de Ledesma, Francisco de Quevedo o un religioso dominico. El autor del falso Quijote, en el día de hoy y al entender del paleógrafo abulense Arsenio Gutiérrez Palacios, hubo de ser un clérigo de la diócesis de Avila, llamado Alonso Fernández Zapata, que, entre

los años 1597 y 1616, tuvo a su cargo la parroquia de Avellaneda, arciprestazgo de Piedrahita. Así aquél lo asegura, firma y certifica, después de prolijas investigaciones en los archivos de aquella diócesis y fundándose en coincidencias que, si no llegan a la treintena como en la tesis de Vindel, no dejan de causar algún impacto.

Con gran dificultad puede eludirse la simpatía por el terruño o por los lugares vinculados a nuestros mejores recuerdos. Y, por lo mismo, no deja de ser indiciario el cálido elogio del seudo Fernández de Avellaneda por la ciudad de Avila; indicio incrementado al referirse a sucesos que podrían suponerse ocurridos en la misma, como parte de los que integran la “Historia de los felices amantes” que, en la falsa de que tratamos, explica un ermitaño. En ella (procedente del Flos Sanctorum), se inspira José Zorrilla en su “Margarita la tornera”. Es singular que el autor—de ser Alonso Fernández de Zapata—cambie el segundo apellido por “de Avellaneda” nombre de la localidad en la cual ejercía su ministerio. Y no deja de ser curiosa la circunstancia de que tuviera predilección por la orden de Santo Domingo, según la justificarían expresivos datos.

Con todo, no es fácil que esta aseveración haya de poner fin a una tan innumerable sarta de conjeturas. Del tal Fernández Zapata ha exhumado el autor de la última de ellas algunos rasgos biográficos. Ejerció su ministerio en cinco iglesias de su diócesis y se vio envuelto en distintos procesos canónicos; uno de ellos por la práctica de exorcismos con el rezo de salmos y de oraciones que se había compuesto. Debió de morir el año 1657 y no sin algunos bienes de fortuna que, en opinión de Gutiérrez Palacios adquirió con el producto de la novela. Pero, que sepamos, no descolgó en las lides literarias, cuando diestro había de ser el incógnito autor en el manejo de la pluma, por figurar en el Diccionario de Autoridades de la Lengua Castellana. Esto aparte de que la obra es de pobrísima invención y de que, en ella, Alonso Quijano y su escudero, ambos arquetipos de la humana especie, envilezcan su contorno y pierdan su estupendo contraste, para hundirse en la mezquindad, en la irritante y desventurada locura o en la grosería más zafia y ruin.

Además, difícilmente puede ser imaginado un clérigo de lejana aldea en gran relación con los ingenios de la corte y formando bando en sus corrillos y capillitas. De otra suerte, no se explicaría la animosidad del autor anónimo contra Cervantes, ni que tomara partido para defender a Lope de Vega de alguna de las alusiones críticas que se deslizan en el capítulo 48 de la primera parte de las aventuras del hidalgo manchego. Y menos sería explicable que, directa o indirectamente, pudiera tener noticias del plan que Cervantes se había trazado para concluir su obra, al punto de que, en algún particular, se anticipó a ella. V.gr. en la determinación de D. Quijote de hallarse en las justas del arnés o de la sortija que, cada año, se celebraban en Zaragoza. ¡Cuánto hubo de pesar al alcaláino! Porque, en esa coyuntura, hubo de variar el curso de la novela hasta encaminar a sus dos figuras a la ciudad de Barcelona, “archivo de la corte-sía, albergue de extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en